

LA DESAPARICIÓN DE MARI NIEVES

J. S. DE MONTFORT

UNA DE LAS COSAS que primero me llamó la atención de Mari Nieves fueron sus dientes. Y es que no era exactamente como si llevara una dentadura postiza, porque tampoco hacía esos gestos de vaivén que tienen las quijadas de los viejos (además no debía tener más de treinta y cinco años, la misma edad que yo tengo ahora), pero, sin embargo, no movía la boca de la manera usual en la que la gente que tiene dientes normales que yo conocía (y conozco) lo solía (lo suelen) hacer.

Mari Nieves trabajaba en un centro que llamaban —informalmente— *el termalismo*, un lugar de cura para viejas reumáticas y con enfermedades de los huesos, que había (hoy es un balneario para ricos) sobre la colina justo al final de la playa de Benicàssim, una colina en cuya loma se asienta el hotel Voramar, con su esplendorosa terraza.

Mari Nieves solía bajar a almorzar a la terraza del Voramar (igual que yo cuando acompañaba a mamá al *termalismo*) y siempre seguía la misma rutina: llegaba, saludaba, pedía rápidamente al camarero (siempre lo mismo: pepito de tortilla de patata —que devoraría con sus dientes irreales— y un agua con gas), se sentaba en una de las sillas exteriores (sola, siempre sola) y aquí viene lo extraordinario: de repente abría con celeridad su bata blanca bajo la que asomaba la parte superior de un bikini casi siempre floreado o de vivos colores, tratando de capturar al máximo el sol del verano, dejando sus gloriosos pechos dispuestos al sol.

El otro día, la madrugada del sábado, a eso de las dos y media, me la encontré de sopetón, a Mari Nieves (juraría que era ella), al levantar la vista en la garita de cobro del parking donde trabajo ahora, desde hace unos meses; me di de bruces contra la fría y cadavérica mirada de una mujer extraordinariamente morena. Tiene que ser ella, me dije, porque además comencé a notar ese tembleque del corazón de cuando una revelación inminente se postra clara en nuestro camino.

Sucedió, empero, algo raro, y es que una prevención silenciosa me distrajo por un segundo, y así no me atreví a

decirle nada, siquiera a afectar el gesto. Sencillamente aguardé, con una cautela que no sé si es propia del comedimiento adulto o, por el contrario, se debe a esa extraña vergüenza de querer dar pábulo a una visión imposible.

El caso es que Mari Nieves conducía un viejísimo Mercedes Benz verde, más bien sucio y descuidado, e iba acompañada por un señor de lo más adusto y serio, su marido quizá. Nuestros ojos, los de Mari Nieves y los míos, se cruzaron durante unos segundos escasos y me pareció ver alrededor de sus córneas una suerte de mezcla de conmisericordia, odio y rabia.

Recuerdo con bastante alborozo la noticia en el periódico de la desaparición de Mari Nieves. María de las Nieves Gallego Soriano se llamaba, según decía el periódico (yo no lo supe hasta ese momento; antes no era para mí sino «la chica de los dientes raros»).

No salió de inmediato, por supuesto —la noticia—, pues entonces no había Internet y las novedades no corrían de manera tan fulminante y efímera como ahora. Los periódicos locales especularon durante las siguientes semanas con un antiguo novio de la primera adolescencia, llamado Paco Marsó (tal cual, como el productor de cine), que la habría seguido amando desesperadamente, recibiendo el desprecioso silencio de Mari Nieves como pago durante largos años. Al final, se habría atrevido éste a declarársele y, así, se supone que habría venido finalmente desde Santa Cruz de Tenerife con el propósito de pedirle matrimonio y, al no haber obtenido la respuesta deseada, la habría raptado, llevándosela a la fuerza a algún punto desconocido del extranjero. Eso es lo que decían. Especulaban con Venezuela, por la vinculación de sangre de los habitantes de ambos lugares. Así nos lo confiesan nuestros informantes, decían siempre, dejando entre líneas una formidable estela de intriga y conspiración.

Cada vez que leía en el periódico lo de «nuestros informantes» me partía de la risa. Cómo se la he colado, me felicitaba sonriente.

La directora del termalismo, Gumersinda Navarrete (leo del recorte del periódico) dijo que «sencillamente, Mari Nieves había desaparecido» (artículo fechado el 14 de enero de 1994), tenía turno de lunes por la tarde y ya no acudió, ni tampoco el martes ni el miércoles, ni el jueves ni el viernes. No sabía a qué pudiera deberse su falta. La habían llamado a casa (entonces no había teléfonos móviles) y nadie había contestado, lo habían intentado con determinación, un día y otro. Incluso se personaron en la misma puerta de su casa hasta dejarse los nudillos llamando. Pero nada. «Se ha esfumado», es lo que había concluido la directora del termalismo. «No sabemos nada más por el momento», finalizaba una de las últimas informaciones que habían salido al respecto (leo de la declaración hecha por el jefe de la policía local al periódico Mediterráneo el 23 de marzo de 1994), aunque puntualizaba, «hemos contrastado las informaciones previas que, desafortunadamente, han resultado ser falsas; por ahora, no tenemos ninguna línea de investigación fiable».

En uno de los despieces, en la parte inferior derecha, aparecían unas declaraciones de Silvia Chordá: «Es como si se la hubiera tragado la tierra, no lo entiendo. Éramos muy buenas amigas, pero nunca llegué a sospechar nada, nunca me dijo ella nada, tampoco». Y finalizaba con un mensaje dirigido a la propia Mari Nieves: «Si estás bien, por favor, Mari Nieves, háznoslo saber, te extrañamos».

Mi madre lleva una muleta, porque le cuesta caminar; la que le falla —dice ella y algunos médicos— es la pierna izquierda. Aunque también es cuestión de coquetería, creo yo, una suerte de coquetería del enfermo crónico, pues hace casi más de veinte años que viene trajinando con la maldita muleta, por lo menos, y sus deficiencias en el caminar (reales o fingidas) son de igual índole desde siempre, que yo recuerde. Es decir, que perfectamente podría caminar sin tener que servirse de esa muleta, creo yo.

Es por ella, por mi madre, por quien primero conocí ese espacio de rehabilitación en lo alto de la colina y que llamaban *el termalismo*. Cuando tenía catorce o quince años yo acompañaba a mi madre al *termalismo* algunos sábados por la mañana. Íbamos con el autobús. Lo cogíamos en Castellón y, desde allí, bajábamos los cuatro o cinco kms. que hay hasta el final de Benicàssim, justo en la linde con Oropesa.

En esa época fue cuando descubrí la terraza del hotel Voramar, pues los diferentes ejercicios en los que consistía la rehabilitación de mamá (y que involucraban piscinas, pesas, caminatas, tumbonas, etc) duraban horas larguísimas, y mamá, que me veía fastidioso y renqueante, en un momento indeterminado de la mañana, me mandaba a almorzar. El primer día cometí la imprudencia de ir a la cafetería del propio *termalismo*, pero me deprimió *tanto* aquel espectáculo de viejas quejas, que quise salir de allí, y fue así como vine a hallar refugio en la terraza del Voramar.

Fue una de esas mañanas (al tercer o cuarto sábado, creo yo) cuando vi por primera vez a Mari Nieves. No

recuerdo que fuese una visión especialmente sugestiva o que me cautivase su belleza, pues era un poco fea, en verdad, Mari Nieves. Lo único sus dientes: no casaban con su boca *tan* menuda.

Hoy mi padre —como cada año— se ha escaqueado (su excusa ahora, *ya* en la jubilación, es que le duele la espalda y que le sería de una ayuda pésima). El caso es que me toca acompañar a mamá *también* al cementerio.

Es la víspera de todos los santos, y mamá quiere dejar el pequeño panteón familiar bien lustroso, para que mañana las convecinas de los panteones aledaños lo vean pulcro y lleno de flores (también en esto es coqueta, mamá). Pero, en verdad, a mamá le ayuda la señora Matilde, que le viene también a casa, y se ocupa de la limpieza.

O sea, que en la práctica es la señora Matilde quien con un trapo y una de esas botellas de líquido multiusos se ocupa de sacar el polvo de los mármoles, acumulado durante todo el año. Mi cometido, por tanto, es el de la mera comparsa.

A mí, las fotografías que reposan sobre las inscripciones de los nombres que vienen con alguno de mis apellidos, me dejan bastante indiferente, pues los abuelos murieron cuando yo era un niño. Y del resto de personas, tíos segundos, primos políticos, etc pues ni idea, sé sus nombres porque los leo cada año que me toca acompañar a mamá, pero poco más.

Mientras dura el proceso de limpieza, me siento a fumar en uno de los bancos cercanos, mirando en todas direcciones, buscando los dientes raros de Mari Nieves en los rostros que se me van cruzando, pero no hay mucha suerte, hoy; siendo el día previo al día de difuntos, es muy escasa la peregrinación al cementerio. Todos se resguardan para «el día grande».

El fin de curso de 1993 (mi último año en el instituto) fue desastroso: suspendí siete asignaturas, por lo que no me quedó más remedio que gastar todas las hermosas horas de las mañanas y las tardes de ese precioso verano en una academia de repaso.

Todos mis amigos andaban divirtiéndose en la playa, y yo solo podía compadecerme de mi mala suerte y resignarme a la soledad de aquella espantosa y lúgubre academia de estudios donde me había metido mi padre.

Claro que las horas con los apuntes delante se me fueron no en estudiar las lecciones sino principalmente en: a) escribirle cartas a Ramiro Muñoz, mi profesor de física y química, matemáticas y dibujo en esa espantosa y lúgubre academia de estudios, un tipo odioso, barbilampiño (a pesar de tener casi cuarenta años), haciéndome pasar por un admirador suyo que le deseaba en silencio, precisándole que era alumno de sus clases, dándole detalles precisos de su vestimenta y actitudes para su mayor turbación y b) disfrutando al ver cómo la catatonía y el paroxismo se iban adueñando de Ramiro Muñoz, día tras día, según avanzaba el verano.

Aprobé cuatro asignaturas en septiembre, por lo que no me dejaron pasar con tres y así, ante la perspectiva de repetir curso (sería *ya* la segunda vez que me iba a tocar repetir), no me quedó otra que irme a trabajar con mi padre en la empresa familiar de mensajería urgente.

Ir de aquí para allá con la motocicleta llevando y trayendo pequeños portes, me distraía, esa es la verdad. Al menos, al principio. Pero, poco a poco, la rutina de tener que tratar con tanta gente (pero casi siempre los mismos), saludar, sonreír, intercambiar unas pocas frases de cortesía, pedir que me firmasen los recibos... comenzó a hartarme.

—No puedo entender cómo siendo hijo mío estás *tan poco hecho* para el trabajo —me espetaba siempre mi padre.

Y, entonces, hacia finales de diciembre de ese mi primer año como transportista de mensajería urgente, leí la noticia en la portada del periódico Mediterráneo: «Denuncian desaparición de enfermera del *termalismo*». Y una fotografía de Mari Nieves bien grande en el centro.

Era una de esas fotografías recortadas que utiliza la prensa cuando se trata de un individuo anónimo. Una fotografía en la que se nota todavía la presencia de alguien más, del novio o la novia normalmente, quienes han sido sustraídos de allí por la censura rabiosa de unas tijeras despechadas. Fue entonces cuando se me ocurrió lo de ese novio de la infancia, Paco Marsó.

Siendo mensajero, me resultaba de extrema facilidad saber en qué mesa *precisamente* y a la atención de quién tenía que dejar mis sobres sin llamar la menor atención en los periódicos.

Pensé que sería más efectivo si hacía que las informaciones viniesen de diversos lugares. Así, falsificaba los nombres y las ciudades de origen de los consignatarios, e incluía diferentes versiones de hechos idénticos, contando lo mismo desde diferentes perspectivas, e introduciendo discrepancias que hiciesen más verosímil la idea general del relato.

El embuste estuvo vigente casi dos meses.

Me toca el turno del sábado por la noche, esta semana. En el parking.

Este es el trabajo número quince o dieciséis que tengo en mi vida; como siguiendo la maldición dictada por mi padre, me canso siempre *muy* pronto.

Cuando llego a mi puesto diez minutos antes, me dicen mis compañeros del turno de la tarde que hoy no vendrá Luis, mi compañero habitual, pues ha avisado diciendo que estaba enfermo, pero que la persona que la empresa de trabajo temporal habría de mandar para servirme de apoyo (pues hoy encima habrá trabajo extra por tratarse de un festivo) no ha llegado todavía. Pero que llegará, seguro, que no me preocupe. Los de la empresa temporal son gente seria, me aseguran.

Espero casi dos horas, pero nadie llega. Tampoco nadie llama.

Así que, cuando ya no puedo más con el agobio, poco antes de las doce de la noche, le llamo a mi jefe al móvil de guardia (al que tenemos prohibido llamar a no ser —palabras textuales de mi jefe— que se esté incendiando el parking o hayan puesto una bomba los de la ETA (grupo terrorista *ya* disuelto, hoy por hoy).

Me dice mi jefe (su voz gritona por encima de la música de algún pub) que ya no se puede hacer nada, que tendría que haberle llamado antes (¿antes de qué?, pienso), que me apañe como buenamente pueda.

—Bueno, lo intentaré, jefe —le digo—, pero Vd. comprenderá que...

Y sin darme tiempo a que termine la frase, me suelta:

—Apáñatelas como puedas.

Y me cuelga.

Hay mucho trabajo, muchos coches entrando y muchos coches saliendo. Se ralentizan las colas, y así una fila constante, inagotable, eterna de coches pugna por entrar al parking, y en su desesperación por ver con qué lentitud cambia el cartel rojo de *Completo* —y para mi exasperación— al verde permisivo de *Libre*, no hacen más que darle y darle al claxon.

De vez en cuando levanto con una mezcla de temor e inminencia la vista al ver sobre el mostrador las manos llenas de anillos de alguna mujer que sostiene el ticket de cobro, donde quedan registradas las horas de uso del parking.

Temo —no sé si quiero— que sea Mari Nieves. Pero ninguna de ellas es Mari Nieves, o sí, y por la propia inercia estresante del trabajo siquiera me doy cuenta (o acaso no quiero).

En este trajín de dame-el-ticket, es-tanto, recojo-el-dinero, devuelvo-el-cambio, siguiente-por-favor y vuelta a empezar, me deslizo maquinalmente hasta las cuatro de la madrugada, que es cuando baja la afluencia de coches (ahora ya se ha marchado la gran mayoría de vuelta a sus casas, habiendo cerrado las tascas, los bares y pubs y con el único remedio de las discotecas, más aptas para los más jóvenes, los que no suelen dejar el coche en el parking, o acaso no tengan siquiera coche que dejar).

El silencio cada vez es más opresivo y el mínimo ruido (mi propia respiración) me llega a los oídos amplificado con bastante fuerza. Es la primera vez que me quedo trabajando solo en el parking, siempre se hace en turnos de dos (supongo que *justamente* por evitar esta sensación delirante que comienzo a sentir). Quedarme quieto en la garita comienza a atosigarme. Así que salgo afuera y echo un vistazo en esta misma planta, en el sótano A (tenemos tres sótanos: A, B y C).

Debe haber una quincena de coches, a lo sumo. Muchos son de estacionamiento permanente; de personas que contratan mensual o anualmente el servicio del parking y que no cogen el coche las ocho o las nueve de la mañana. Gente que vive por la zona. Aunque también hay un par de coches oficiales, de la gente del ayuntamiento (pues queda muy cerca), de los que llaman *multiusos*, y que la gran mayoría de las veces suelen quedarse aquí durante todo el fin de semana.

Camino por entre los carriles vacíos y el percutir en el cemento de los tacones de mis propios zapatos, me produce un razonamiento inquietante: «no estás solo, Pascual», suena —o quiero que suene— una voz en mi cerebro. Y sigo caminando, mientras esa voz —una voz de mujer, nasal, ¿Mari Nieves?— sigue retronándose en la glotis, «No estás solo Pascual», como si la voz mental de mi pensamiento forzara a mi propio aparato de resonancia a que la expectorara.

Así, tratando de que la voz desaparezca y concentrándome en el percutir en el cemento de los tacones de mis propios zapatos, llego al final del carril derecho y giro por entre las columnas para dar la vuelta completa al sótano A, para así distraerme, del modo en el que lo hacen los coches que enfrentan la salida del parking.

Avanzando por la parte del sótano donde se encuentra la garita de pago (queda a la izquierda del carril de salida)

descubro —o más bien, imagino— al final, la sombra de un cuerpo. Pero no soy capaz de ver el cuerpo. Sólo veo la sombra de lo que —en efecto— me parece (y quiero que sea) un cuerpo.

Sigo caminando animándome con una mezcla de comezón y pánico, primero acelerando el paso y en un momento dado corro *ya* al encuentro de ese cuerpo imaginado, pero bajo *deliberadamente* la cabeza un segundo, un solo segundo escaso, como para coger el impulso último, y ya estoy enfrente de la caseta cuando, al levantar la vista que por un segundo había dejado fijada *deliberadamente* en el suelo, no hay más sombra que la que mi propio cuerpo expulsada hacia la derecha, por efecto de las luces de la garita.

Contengo la respiración durante unos instantes, procurando detectar el más mínimo movimiento, pero nada. Obvio. Estoy solo, igual que antes.

Entonces, de nuevo, finjo esa voz: «No estás solo, Pascual».

Y me lo repito, para despejar el previsible horror mortífero del aburrimiento del resto de noche de turno de trabajo que me queda por delante.

Por suerte el reloj marca las cinco y cuarto am.

A las seis en punto podré marcharme.

